



LA LUCHA DE CLASES EN SAN BARTOLÓN*

Carlos Liscano
Biblioteca Nacional de Montevideo

1

Armémonos y vayan.
Anónimo

Hoy en San Bartolón no hay lucha de clases. Pero la hubo, atento lector, claro que la hubo. Ahora no hay lucha de clases porque la gente está cansada de tanta lucha como entre nosotros hubo en su día. Queremos por ese motivo recordar al más grande luchador de esta aldea y de la comarca, inocente causante del cansancio de los bartoloneses por la lucha de clases. El pueblo y todo el valle han oído hablar alguna vez de la figura legendaria del Conejo Negro, gran dirigente sindical y popular, hijo del pueblo, gloria de la clase explotada. Tanto luchó y luchó el Conejo, que la gente acabó cansándose. Pero él no: siguió hasta el final y murió como vivió.

El Conejo era un burócrata seguro de su condición. Un gran burócrata, diríamos, charlatán de raza, mafioso por vocación, matón si alguna vez los hubo. Su metro noventa y cinco de estatura, su elegancia nata (alguna vez fue modelo), lo predisponían a ejercer violencia silenciosa sobre sus camaradas y compañeros de labor. Nunca escatimó la fuerza física para someter a quienes disintieran de sus ideas u osaran un asomo de crítica a su proverbial holgazanería. De sólida formación marxista-leninista en la Escuela del Comunismo Metafísico de la segunda mitad del siglo XX, creía en el átomo, en los ferrocarriles y en que mañana siempre todo sería mejor aunque ahora estuviéramos hundidos en la mierda. De conducta intachable como vago, héroe de la corriente más radical formada por los especialistas en no hacer nada, nunca pudo ser acusado de haber trabajado una jornada completa en más de cuarenta años de militancia proletaria. Lector apasionado de la obra de Trofim Denisovich Lysenko era, como el gran científico soviético, hijo de campesinos. El Conejo estudió también agronomía, como su maestro, que no terminó. Luego medicina, arquitectura, letras, derecho, bibliotecología, enfermería, ikebana, carpintería, ruso, esperanto, ido, volapük, suajili, estocástica, obstetricia, cocina, egiptología, panadería, cocina, karate, judo, jiu-jitsu, yoga, cerámica, telar, estenografía, mecanografía, lunfardo, sicología, economía,



notariado, acupuntura, flores de bach, homeopatía, encuadernación, musicoterapia, tarot, astrología, parasicología, archivología, paleontología, podología, filosofía, talabartería, electricidad, mecánica, hotelería y múltiples otras disciplinas. Nunca lo favoreció la suerte en los estudios y siempre acabó dejando las carreras sin haber completado el primer trimestre. No obstante este torvo sino del destino para sus afanes de formación, acabó consiguiendo un barniz que funcionaba bastante bien a la hora de expresarse verbalmente. La dislexia lo persiguió desde la más tierna infancia y jamás consiguió expresarse bien por escrito. Escribiendo era como el Murmuyo, más valía perderlo que encontrarlo. De ahí la dificultad que los investigadores han encontrado a la hora de publicar sus *Obras Completas*. El Maestro Conejo, como también se lo conoció, fatigó el lenguaje escrito a lo largo de su proficua existencia. La ortografía y la sintaxis siempre le fueron esquivas, la gramática castigó sus humildes orígenes de hijo de campesino. No obstante, él no dejó nunca de asentar su pensamiento por escrito, cosa que hoy, afortunadamente, nos permite edificarnos leyendo las dos carillas que dejó a la hora de su postrer acto de holgazán: murió durmiendo la siesta bajo el árbol donde después se dijo había dormido Ulrich, cosa que ha facilitado la invención del bulo de que, en realidad, quien dormía bajo el árbol era el Conejo cuando se escapaba del trabajo a la hora en que aprieta más la calor. Desmentimos enérgicamente esa falacia, ese intento de difamar la preclara figura que hoy aquí nos ocupa. Él era vago, era casi analfabeto, pero siempre fue muy pulcro. Nunca se acostó bajo un árbol a lo largo de su vida. Siempre prefirió la sólida cama y las sábanas de seda que con gran esfuerzo económico sus seguidores le compraban.

Apasionado de la obra de Olga Ceaucescu, la gran científica, Presidente de la Academia de Ciencias de Rumania, fue recibido en el Palacio de Gobierno de Bucarest por el Conductor Nicolae Ceaucescu con motivo de celebrarse el Trigésimo Segundo Encuentro de las Juventudes Internacionalistas. Ya para entonces el Conejo tenía cincuenta y dos años, que llevaba con hidalguía y un destacable espíritu juvenil. Funcionario de la Biblioteca Popular de San Bartolón (BPSB) después de su paso breve pero intenso (cinco semanas) por la Escuela de Bibliotecología de San Pedro del Otro Lado, en las horas abnegadas de labor conoció a la Coneja Negra, y se enamoraron. La Coneja era tenida por corta y, a la vez, loca, características no incompatibles pero difíciles de encontrar en la naturaleza y de conjugar en la conducta cotidiana de una sola



persona. No es que el pueblo se preguntara, como se haría públicamente años más tarde en este mismo hebdomadario cuando se trataron otros asuntos, si era posible que fuera corta y a la vez loca (variante disyuntiva simple 'X o Z'), opuesta a la disyuntiva discontinua: o es corta o es loca ('o X o Z'). Nunca hubo debate sobre el asunto. Lo que sí hubo siempre fue cierta resistencia a aceptar que en una aldea aparentemente tan normal como San Bartolón se dieran ejemplares teratológicos como el de la dama de marras.

Los bartoloneses de la época calificaban a la Coneja Negra de Corta en el sentido que da al vocablo la sexta acepción en la Vigésima Segunda Edición del Diccionario de la Lengua: de escaso talento o poca instrucción. Si bien no hubo nunca, como queda dicho, discusión sobre la posible incompatibilidad de los calificativos, sí la hubo y largamente sobre el modo de llamar a la señora antes mencionada. Algunos le decían la Coneja Negra, a secas. Otros le decían la Corta y había quienes le decían la Loca. Esto provocó en su momento acaloradas discusiones en la taberna *Facta non verba* (tiempos en que el padre del Mellizo Solo regentaba el local). Había quienes querían terminar con aquella proliferación de apodos. Que se eligiera uno de los tres y se dejaran de embromar. Nunca se llegó a un acuerdo. Por momentos hubo consenso en que no se podía llamar a una persona con tres nombres diferentes. Bien, ¿pero cuál elegir? Enseguida se formaron tres bandos, como era de suponer entre gente discutidora como la de San Bartolón. Estaba el bando de la Loca, el de la Corta y, el más tradicionalista, el de la Coneja Negra. Entonces el debate volvía a comenzar.

En cuanto al apodo de Loca, ha quedado meridianamente comprobado que estaba dicho en el sentido que indican la primera y segunda acepción de la Vigésima Segunda: *que ha perdido la razón y de poco juicio, disparatado e imprudente*. También estaba meridianamente definido que éranle perfectamente aplicables la locución adjetiva coloquial que recoge la Vigésima Segunda: *loco o loca de atar*, que es lo que se dice de una persona que en sus acciones procede como loca; y la locución adjetiva *loco o loca perenne*, que apunta a la persona que en ningún tiempo está en su juicio.

Se conoce por tradición oral, según los ancianos nos han enseñado, que el apodo de Conejo Negro que le pusieron al ceaucesquista tuvo origen en el arte de la magia. Sabido es que los magos trabajan con frecuencia con animales para hacer sus demostraciones. Sabido es que muchas veces se valen de conejos. Y también sabido es



que, por algún motivo, los magos siempre recurren a conejos blancos. De igual modo es sabido que nunca se ha visto un espectáculo de magia donde participe un conejo de color negro. Eso, dicen los entendidos, se debe a que los conejos negros se niegan a trabajar. Por comparación, dicen los ancianos, y con cariño un poco juguetón, pusieronle Conejo Negro al lisenkista: nunca nadie consiguió hacerlo trabajar en su larga vida de lucha revolucionaria al servicio de la clase obrera local y del proletariado internacional.

Durante años el Conejo Negro desarrolló lo que se dio en conocer como “la línea rumana”. Una teoría política que hundía sus raíces en la concepción ceaucesaqueana y que el Conejo se negó siempre a revelar. También trabajó ideológicamente con ahínco para imponer el estajanovismo a todos los trabajadores que él sindicalmente conducía. No lo logró porque había una fuerte oposición subterránea de las fuerzas conservadoras y reaccionarias, pero el combate fortaleció el espíritu del Conejo. Su lucha contra el capital en el seno de la BPSB fue sin tregua. Cuarenta años dedicados a no hacer nada para enfrentar al capital hablan de su fortaleza ideológica y de su tezón revolucionario. Su principio era que, si él no trabajaba, el capitalismo no se quedaría con su plusvalía y a la larga acabaría por hundirse en los piélagos de la Historia y el triunfo del proletariado advendría como del árbol cae la fruta madura. Fiel a su concepción, practicó el principio de: *armémonos y vayan. Solía decir: Si avanzo, no me dejéis solo; si retrocedo, no me empujéis; si os traiciono, que sepáis disculpar.* También fue suya aquella frase que recorrió el mundo, dicha en ocasión de una chupandina que se organizó durante un fin de semana en la Nunca Vista y que una tormenta obligó a suspender. En plena desbandada hacia el valle, el Conejo gritó: *¡Volveremos a las montañas!* Fiel a su palabra, cumplió con creces: muchas veces y durante años iba a organizar comilonas y jodas en la montaña.

A fines del siglo pasado una asamblea multitudinaria desarrollada en el sector de atención al usuario de la BPSB lo declaró Héroe del Trabajo. Por colecta entre los funcionarios de la BPSB se le levantó el busto de bronce que durante años estuvo bajo el puente del Oreja del Medio, al pie del que se grabó su frase: *Si avanzo, no me dejéis solo, etc..* Vandalizado impiadosamente después de la muerte del Conejo, abandonado por la desidia de sucesivos gobiernos, fue finalmente desmontado y vendido al quilo durante una campaña para conseguir fondos para comprar orinales para la Casa de



Ancianos de San Bartolón. Por fortuna, una réplica del busto existe en el Museo del Jurásico de Porquerisses, Catalunya o Cataluña, visitada todos los años por delegaciones de viejos sindicalistas de todo el mundo.

Para terminar, cinco años después de que, bajo el árbol que está al otro lado del puente, el Conejo dejara este mundo de lucha y resistencia, la Coneja Negra también nos abandonó para siempre. La Coneja se fue en la Residencia para Cortos de San Bartolón. La Historia ha demostrado abundantemente que era equivocada, malintencionada y espuria la tesis de que siempre fue loca, un poco ida, apenas normal. Su título de parapsicóloga conseguido por correspondencia en la Academia de Señoritas de San Pedro del Otro Lado obligan a descartar cualquier difamación sobre su cortedad. Era una gran luchadora, un poco loca, es cierto, y también corta, pero ¿quién no? En la puerta de la Residencia para Cortos lució por muchos años una placa de bronce que la recordaba (luego también vandalizada y finalmente vendida al quilo). Allí se podía leer la verdad de su vida: *Fue un poco corta y un poco loca, pero por suerte ya se fue.*

2

*Un marido siempre da más trabajo que un perro.
Excepto en una cosa: al perro hay que sacarlo a mear.*
Anónimo

Continuamos hoy, atento lector, con la Historia de la lucha de clases en nuestra aldea. La semana pasada hicimos una reivindicación sumaria pero contundente de la más grande figura de la lucha del proletariado en San Bartolón, el Maestro Conejo Negro y su recordada cónyuge, la Conejita Negra, también cariñosamente conocida como la Loquita o la Cortita. Muchas veces la crónica solo recoge la vida de los hombres preclaros y olvida, injustamente, el papel que desempeñó la mujer que lo acompañó durante toda su vida. No es nuestro caso, estimado lector, de ahí el empeño en destacar y resaltar la figura de quien estimuló, empujó y obligó a levantarse cada mañana al héroe que nos ocupa. Es decir, hablamos de la Coneja Negra, feminista de *avant-garde* si las hubo, cuando aún en nuestra aldea las féminas solo se dedicaban a las tareas entonces conocidas como “propias de su sexo” y apenas se les permitía dar un par de



vueltas a la plaza los domingos cuando hacía buen tiempo, siempre acompañadas de su prole, mientras los tipos dormían la borrachera que se habían agarrado al mediodía en la *Facta*.

Nunca fue el caso de la Coneja. Todo el mundo sabía en San Bartolón que ella no aceptaba esas condiciones ni le permitía al Conejo extremos que otros maridos practicaban. No solo lo obligaba a levantarse antes del mediodía todos los días, sino que lo obligaba a bañarse, a afeitarse, a lavarse los dientes por lo menos una vez al día, a cortarse las uñas por lo menos una vez al mes, a colgar y recoger la ropa lavada y a sacar el perro a pasear antes de irse a dormir. Lo regañaba en forma permanente por orinar fuera el inodoro, por andar con la bragueta desprendida, por escribir con faltas de ortografía y por sacarse los mocos con los dedos. Estas intimidades (todo hay que decirlo) eran conocidas en San Bartolón, en cada una de las parroquias del valle y hasta en San Pedro del Otro lado. Nunca fue una mujer posesiva ni autoritaria. Ella protegía a su hombre, lo impulsaba en la vida. Su buen corazón y el amor hacia su compañero nunca estuvieron en discusión. Los domingos al mediodía le permitía al Conejo ir a tomarse una virundela en la *Facta*, una sola. De paso lo mandaba al almacén a comprar el pan. Si el Conejo dejó la timba se lo debió a ella. A ella le debió todos los intentos que hizo, infructuosos, por conseguir un título, cualquiera fuera. No fue culpa de la Coneja si él no lo consiguió. No fue culpa de ella que él no aprendiera a escribir como la gente. Él, debido a sus orígenes campesinos y a dificultades especiales (dislexia, se decía), nunca consiguió redactar una frase completa, del principio al fin, ya no sin faltas de ortografía sino sin que a mitad de camino se le perdiera el sujeto, la concordancia de número o de género. Pero, ¿quién puede culpar a aquella mujer, quién, sabiendo que se enfrentó a un caso extremo de pereza, abulia y dificultades innatas? La Coneja, la Loquita, la recordada Cortita, luchó toda la vida en todos los frentes: en el hogar, en el trabajo, en la vida sindical, en la relación con su pareja. Injusto es afirmar que no consiguió nada. Es verdad, no consiguió nada, pero dejó el ejemplo. El feminismo moderno bartolonés debe a su abnegada e infructuosa lucha todas las conquistas actuales.

Sobre el final de sus días, ya viuda sin haberse casado (él nunca aceptó ese formalismo burgués), volvió a dar el ejemplo a las mujeres del pueblo. Empezó como quien no quiere la cosa a frecuentar la *Facta*. Al principio los domingos de mañana, un



ratito. Se tomaba un anisito y se volvía a casa después de pasar por el almacén. Daba pena ver a aquella mujer, con su bolsito en la mano, sin su amado, el de toda la vida. (A los otros no los tenemos en cuenta, fueron circunstanciales, llegaron a su vida y se marcharon al instante, sin dejar huella, después de un día o de unas horas, aventureros, perdularios, vagabundos, insensibles todos, un vendedor ambulante, el cuñado del vendedor ambulante, un gitano, el domador y el payaso de un circo que pasó por la aldea, el tragasables y el cuidador de los monos del mismo circo, el antiguo cartero de la aldea, el Veintiuno, el Piedramala, el padre del Piedramala, el cura de San Pedro del Otro Lado, tres camioneros que paraban en Liebre de Más Arriba, dos peones que trabajaron en su tiempo para Conchita, el padre del Mellizo Solo. Se decía que hasta a un pastor brasileño que pasó predicando la verdad de una nueva iglesia se le había ofrecido la oportunidad. Incluso se murmuraba del abuelo del Mellizo Solo. Hombres sin corazón ni sentimientos, todos olvidables. Ella pasó por sus vidas y ellos nunca la olvidaron; pero ella nunca recordó ni siquiera cómo se llamaban). Daba pena, decíamos, verla de aquel modo, cargando la bolsa del pan y una soledad inmensa, sin su Conejo, el hombre que siempre había comprado el pan de los domingos.

Poco a poco la Coneja se fue acercando más a la *Facta*. Al final se hizo parroquiiana infaltable. Llegaba todos los días a las cinco en punto, se pedía un garnacha (cambió el anís por el vino garnacha) y se acodaba en el mostrador hasta que apareciera alguien que quisiera jugar una carambola. Dos cosas descubrió en la *Facta*: la carambola y el garnacha. Después que probó el garnacha ya no hubo quien la hiciera cambiar. Le decían, la invitaban: “Coneja, tomate un chiquitifliqui, tomate una grappa”. Ella inmutable, solo garnacha. A la medianoche el padre del Mellizo Solo, que entonces regenteaba la *Facta*, empezaba a decirle que tenía que irse. “Coneja, es tarde, tengo que cerrar”. Ella nada, al firme, pedía otro garnacha, desafiaba a alguien a jugar otra carambola, se subía encima de una mesa, desafiante, como la gran luchadora de siempre. Les gritaba: “Maricones, no se vayan, tómense otra, es temprano. Pollerudos, se dejan dominar por las mujeres, quédense un rato más. No aguantan nada”.

Al final el padre del Mellizo cerraba y buscaba a alguien que lo ayudara a cargarla. La arrastraban hasta la casa y la metían en la cama. Ella igual, la misma luchadora de toda la vida, seguía resistiendo. “Hijos de puta, les gritaba desde la cama,



maricones, cagones, chupapija, no se vayan. Si son hombres no se vayan, traigan garnacha. Se abusan porque estoy sola. Ya verían si estuviera el Conejo”.

Después de la muerte del Conejo ya nada fue igual para la lucha de clases en San Bartolón. La teoría ceausesqueana y el lysenkismo decayeron penosamente. La Coneja perdió fuerzas. Es comprensible, después de tantos años de tener a un hombre de las dimensiones del que ella tuvo, sintió el golpe. Antes de dedicarse a la carambola y al garnacha comenzó a frecuentar un taller literario. De esos tres meses nos quedaron textos que, a su muerte, el Club de Amigos del Proletariado recogió en el volumen titulado *El trabajo de contar*. Son fragmentos que permiten una visión de su pensamiento, de sus preocupaciones, de la vida de lucha junto a su hombre, de la vida en el hogar. También recoge detalles de la vida privada, que piadosamente el Club de Amigos prefirió no publicar. Muchos años después hemos podido acceder a ellos en el Archivo Literario de la BPSB. Es comprensible la decisión del Club de Amigos, pero no es aceptable para el cronista, menos para el historiador de la cultura y el movimiento proletario en el valle de Este Lado. De esos papeles surgen datos muy valiosos. Por ejemplo, el título del conjunto. De la lectura atenta se desprende que *El trabajo de contar* está en relación con un aspecto filosófico y otro vivencial. Los textos afirman la dificultad esencial de contar cualquier cosa, lo que sea. Es una reflexión muy profunda acerca del lenguaje, de la subjetividad del lenguaje, de la torpeza de la lengua para contar el hecho más baladí. Dice la entrada 19, sin fecha: *Es absolutamente imposible contar algo nuevo. Por dos razones. La primera: porque ya todo ha sido contado. La segunda: porque siempre lo han contado mejor de lo que me sale a mí.* Y más adelante agrega: *La frase más vulgar exige un esfuerzo descomunal, titánico. No hablo de la historia que se cuenta sino de la mera enunciación de un hecho simple. Si escribo, por ejemplo, ‘El día estaba lindo’. ¿Qué significa eso, qué es lindo, lindo día para quién?* Líneas más abajo continúa: *Detesto la literatura basada en la historia, en el periodismo, en hechos ‘reales’. No hay hechos reales en literatura. Está el mundo, la gente o como quiera llamarse, y la escritura, que también es parte del mundo, pero es otra cosa, sigue normas propias, integra la realidad y la refleja de modo distorsionado, crea una nueva realidad que no es la realidad, aunque es real, es más real que cualquier otra cosa que ande circulando por ahí. De lo contrario, si esto no es así, me pregunto, si no es así, ¿alguien puede explicarme cómo es? Además, que me expliquen*



qué hace una persona sentada horas, días, miles de horas, años, sola, en silencio, tratando de hacer lo que ya está hecho, que ya ha sido escrito. Se podrá decir que ese individuo está loco, es un misántropo, pero siempre hay algo más, algo que la condena al individuo no cubre. Se escribe para ser, aunque al final se acabe en el estercolero, como todo el mundo.

A la vez, sin decirlo expresamente, deja ver la compasión, transformada por momentos en impaciencia y hasta bronca, por el disléxico de su marido, que nunca logró escribir una frase completa inteligible. Muchas horas de su vida dedicó la Coneja a tratar de que el ignaro aprendiera a escribir la más elemental plana, en el sentido que la Vigésima Segunda Edición del Diccionario de la Lengua da para este vocablo en noveno lugar: *escrito que hacen los niños en una cara del papel en que aprenden a escribir*. El texto deja ver la desilusión de la autora por no haberlo conseguido. Parecería que cuanto más le explicaba y le enseñaba, cuanto más tiempo ella dedicaba a tratar de que el otro aprendiera algo, el tipo más desaprendía. El desaliento contenido tiñe páginas y páginas de los textos inéditos. Por ejemplo, en la entrada 37, sin fecha, dice: *¿Quién me habrá mandado a mí a juntarme con un analfabeto, vago, bueno para nada?* Y líneas más adelante: *¿Por qué esta maldición de haber vivido más de treinta años con un inútil, incapaz de hacer la 'o' con un vaso? ¿Por qué, Dios mío, por qué este castigo? ¿Es que acaso me lo merezco? ¿Qué me importa a mí la teoría ceaucesqueana, el lysenkismo, si ni siquiera consigo que el tipo le acierte al inodoro, que se prenda la bragueta, que no tire los mocos contra la pared?* Como se ve, hay dolor contenido, preguntas de trascendencia que no guardan referencia solo con una feminidad a flor de piel sino con algo más profundo, con el sentido último de las cosas cotidianas, con las justificadas dudas de una luchadora de toda la vida. Sobre el final (antes de que entrara en el período oscuro de la *Facta*, de la carambola y el garnacha), hay una especie de inclinación hacia el panteísmo, una suerte de misticismo. Se suceden las invocaciones a Dios, a la Virgen, al propio san Bartolón, sin abdicar jamás de convicciones agnósticas muy profundas (la Coneja se declaraba agnóstica), muy arraigadas en su espíritu, resultado de cuarenta años de compromiso con la lucha. Esta alma dolorida, en su viudez, se confiesa. En la entrada 41, sin fecha, se lee: *Dicen que soy corta, dicen que soy loca. Yo me pregunto, Señor, pregunto a la Virgen Santísima, te pregunto a vos, san Bartolón, ¿qué otra mierda hubiera podido ser después de haber*



vivido tantos años con un energúmeno? Virgen Santísima, si en vez de haber tenido a san José como marido hubieras tenido al que yo tuve, ¿no te hubieras vuelto loca, corta y cualquier otra cosa? Por lo menos san José era carpintero, sabía hacer algo con las manos. Mi “santito” no sabía ni clavar un clavo. Toda la vida haciendo yo las cosas de la casa, cambiando las bombitas, arreglando la canilla, destapando caños, pintando paredes. Además de limpiar, cocinar, lavar, planchar, coser. ¿Y todo para qué? También, y esto es más difícil de analizar (es hasta difícil de describir), la autora, en recatada queja, nos habla de otros sinsabores del matrimonio. Parecería ser que el Conejo no se esforzaba mucho en otros aspectos de la vida conyugal. Amable lector, acepte y comprenda que en este momento debemos correr un tupido velo sobre el particular. Nadie tiene derecho a inmiscuirse en lo que nos legaron esas escabrosas páginas. La vida privada de las personas, de todos los seres humanos, pero especialmente de los grandes, de quienes nos han marcado el punto de llegada y nos han trazado el camino, debería ser un recinto sagrado al que el investigador entrara con el juramento de no divulgar jamás lo que el recinto guarda.

La última frase de *El trabajo de contar* es en parte el final de un proceso de catarsis, el anuncio de un nuevo comienzo (¿el de la carambola y el garnacha tal vez?) y, en definitiva, la afirmación de la libertad de una feminista de *avant-garde*. Habían sido tres meses de taller y para ella era suficiente. Dice la última entrada, sin fecha, con un tono agrio y a la vez burlón: ¡*Me cago en la leche y en el taller literario! ¡Viva el garnacha, viva la carambola, abajo la literatura, oficio de mentirosos y malentretidos! Estoy podrida del trabajo de contar.* Como se ve, con una capacidad de síntesis asombrosa, tal como siempre se expresó, pero especialmente más en los últimos años, cuando la larga experiencia de lucha le había dado un dominio muy elevado del lenguaje, en dos frases nos entrega un programa no solo para el combate diario sino también para la vida. Una posición filosófica que sostendría hasta sus últimos días.

Como dijo el cura en la oración fúnebre en el camposanto de San Bartolón: “La Coneja era corta, era loca, pero si no hubiera sido deberíamos haberla inventado. ¡Larga vida a la Coneja Negra!”



* Fragmento de la novela inédita *El trabajo de contar*.